

DRAMATURGOS

DIRECTOR: MATIAS MONTES-HUIDOBRO

EDITORIA: YARA GONZALEZ-MONTES

VOLUMEN 2, NUMERO 3

MAYO-JUNIO 1988

YARA GONZALEZ-MONTES

Leopoldo M. Hernández

Dedicamos este número de DRAMATURGOS a Leopoldo M. Hernández y su obra LA CONSAGRACION DEL MIEDO. Esta pieza aparece publicada por primera vez en 1957, en México, conjuntamente con otras dos obras suyas, en una edición bajo el título de TEATRO DE LA REVOLUCION. En esos momentos estaba enfrascado Hernández en la lucha contra Batista, y publica este libro bajo el seudónimo de Karlo Thomas.

Es lamentable que la obra de este dramaturgo no sea más conocida y que sus textos no se representen con más frecuencia. Su solidez creadora ha quedado demostrada con SIEMPRE TUVIMOS MIEDO, publicada por EDITORIAL PERSONA. La próxima aparición de sus PIEZAS CORTAS en la misma editorial, ayudará a una mejor comprensión de la tarea que ha venido realizando de modo continuado y silencioso. Se incluyen en PIEZAS CORTAS, SOMBRAS (1957), EL INFINITO ES NEGRO (1959), EN EL PARQUE (1961), MAÑANA, EL SOL (1963), EL MUDO (1961), INFIERNO Y DUDA (1967), NO NEGOCIE, SR. PRESIDENTE (1977), CHEO (1975) y LOS POBRES RICOS (1979).

LA CONSAGRACION DEL MIEDO, escrita cuando Hernández tenía unos veinticinco años, aunque bastante diferente en su estilo y estructura, es un firme antecedente de su obra posterior, y es por ello que nos ha parecido importante ponerla al alcance de los lectores de DRAMATURGOS. Con ustedes,

LA CONSAGRACION DEL MIEDO

DRAMATURGOS se publica seis veces al año. Las colaboraciones representan exclusivamente la opinión de sus autores y DRAMATURGOS no es responsable de los criterios emitidos en ellas. Se aceptan colaboraciones no solicitadas sobre aspectos pertinentes a esta publicación, pero nos reservamos el derecho de publicarlas. Ni se devuelven originales ni nos responsabilizamos con los mismos; ni nos comprometemos a sostener correspondencia en relación con los trabajos enviados.



P.O. Box 25653, Honolulu, HI 96825

Leopoldo M. Hernández

LA CONSAGRACION DEL MIEDO

ACTO I

Escena I

Personajes: Los Ministros.

Un Salón del Palacio Presidencial. Cuatro ministros se pasean muy inquietos. De vez en cuando se detienen, toman asiento, en seguida se levantan, dando muestras todos de gran excitación.

Primer Ministro.—Es intolerable.

Segundo Ministro.—Es absurdo.

Tercer Ministro.—No contábamos con eso. (Pausa). Habrá que hacer algo.

Primer Ministro.—Cierto, no podemos cruzarnos de brazos. de lo contrario...

Cuarto Ministro (Terminando la frase).—Nos matarán. Es preciso considerar...

Tercer Ministro (Interrumpiéndolo).—Sería espantoso.

Segundo Ministro.—Una desgracia.

Primer Ministro.—Una injusticia.

Segundo Ministro.—Una catástrofe.

Cuarto Ministro.—De todos modos, lo harán, nos odian demasiado.

Primer Ministro.—Nos aman. Nos lo demuestran. El Pueblo nos salvará.

Cuarto Ministro.—No sea Ud. Estúpido. Nadie nos quiere. El Pueblo ayudará a ese insensato cuando llegue el momento de las ejecuciones.

Tercer Ministro.—Estoy convencido. Nos arrastrarán por las calles. Deshonrarán a nuestras familias...

Primer Ministro.—Oh, no, ¡eso no! No puede ser.

Tercer Ministro.—Pero es que... ¿es que ha olvidado Ud...?

Cuarto Ministro.—Nos matarán... Hay que prepararse.

Segundo Ministro.—¡Mis hijos! Pobrecitos.

Cuarto Ministro.—¿Ha dicho Ud. pobrecitos?

Primer Ministro.—Mis propiedades. Tanto trabajo para nada.

Cuarto Ministro.—¿Dijo Ud. trabajo?

Tercer Ministro.—Mis depósitos bancarios. ¿Qué harán con ellos?

Cuarto Ministro.—Es muy simple. Serán incautados. Si hubiera seguido Ud. mi consejo, los tendría como yo a buen recaudo en un país lejano.

Tercer Ministro.—Mis inversiones.

Cuarto Ministro.—Por mi parte el hecho no me afecta económicamente. No invertí un centavo aquí.

Segundo Ministro.—Todo es horrible. No veo claro.

Cuarto Ministro (Con gran cinismo).—Pero querido colega. ¿Es que vió Ud. claro alguna vez?

Segundo Ministro.—No sé, estoy confundido. ¿Qué me pasa?

Cuarto Ministro.—Muy sencillo. Está Ud. aterrado.

Primer Ministro.—Nos queda el Ejército.

Cuarto Ministro.—¡Oh sí! y la Marina y la Aviación y los Boy Scouts.

Primer Ministro.—Las bromas son inoportunas.

Cuarto Ministro.—Más inoportunos son los lamentos y las falsas esperanzas.

Tercer Ministro.—¡Y pensar que todo se debe a un loco desalmado!

Cuarto Ministro.—Desalmado pero no desarmado. Ya veis, una letra. Me temo que no podremos luchar. En el fondo somos unos cobardes. (Los tres al unísono)

Primer Ministro.—Es un atrevimiento.

Segundo Ministro.—Nos insulta Ud.

Tercer Ministro.—No podemos permitirlo.

Cuarto Ministro.—Al infierno todos. No tengo el menor respeto por Uds. ¿Saben lo que pasa? No hay una causa que defender. He ahí. No se puede luchar sin causa.

Los otros tres.—Ellos tampoco.

Cuarto Ministro.—Oh sí. Ellos la tienen. Se han cansado de nosotros. Eso es todo. ¿No es acaso bastante?

Primer Ministro.—Y nuestros sacrificios, ¿nuestros desvelos?

Cuarto Ministro.—Por favor. No es hora de seguir mintiendo. Afrontemos la situación. Nos detestan. Quieren librarse de nosotros. Somos muy caros. (Se escucha un rumor afuera).

Voces.—¡Mueran! ¡Mueran! ¡No los queremos! ¡No los queremos!

Cuarto Ministro.—¿Qué dicen ahora? (Los otros parecen aterrados). (Se escuchan detonaciones y gritos. Adivinase gran confusión. Por una ventana penetra en el escenario un hombre joven y mal vestido. Los cuatro Ministros lo miran asombrados).

Escena II

Personajes: Los Ministros.
El Joven.

El joven se pasea entre todos mirándolos con atención. Afuera se escuchan aún las detonaciones y los gritos.

El Joven (Recostándose a un mueble).— He ahí. (Señala para el exterior). Más muertos. Más rencor. Es como

detener el fuego con más fuego. Sólo a un niño se le ocurre apagar un incendio con gasolina. Me temo que vosotros mismos ahondáis vuestras tumbas. ¿Es curioso, eh?

Cuarto Ministro.—¿Quién eres?

El Joven.—¿Te importa?

Cuarto Ministro.—Contéstame.

El Joven.—¿Y si no te contesto?

Primer Ministro (Llamando, muy nervioso).—¡Guardia!

El Joven (Sonriendo).—Ah, ah, no es aconsejable llamarlo. ¿Sabéis acaso si está con vosotros?

Segundo Ministro.—Tiene razón. Acaso...

Primer Ministro.—Pudiera ser...

Tercer Ministro.—Sería espantoso.

Cuarto Ministro.—¡Callaos todos! Parecís unas mujerzuelas asustadas. (Dirigiéndose al joven). Al grano. ¿Qué quieres de nosotros?

El Joven.—¿Yo...? (con desenvoltura) nada. Sólo quería veros la cara. Es muy interesante. El poderoso con miedo. (Ríe). (Pausa). Se me ocurre una idea. Montaremos una obra de teatro. Será el teatro del miedo. Todos pagarán de buen grado por veros. Los fondos se dedicarán a costearos un entierro decoroso.

Primer Ministro.—Es intolerable. No podemos permitir...

El Joven.—¿Por qué no? La burla ha volteado su eje. Era ya hora, ¿no?

Segundo Ministro.—Es increíble. Se desconoce nuestra calidad de Ministros.

El Joven (Rectificándolo rápidamente).—Ex-Ministros... No es cosa de quejarse. Después de todo es un buen título. Pocos son los que pueden ostentarlo. Lo malo es que... va unido a otro... ex... (Los Ministros se miran entre sí). Quiero decir... Bien... mejor es no recordar.

dar ciertas cosas. Por el momento es conveniente que me retire. Ya os he visto. Estoy satisfecho. Me hubiera pesado perder el espectáculo, creedme, os estoy muy agradecido. Ha sido una representación maravillosa. Os felicito. (Se dirige a la ventana, comienza a trasponerla. Se vuelve y la mira con cinismo). La consagración del miedo. (Desaparece).

Escena III

Personajes: Los mismos, menos el Joven.
Los ministros guardan silencio un instante. Miran atentamente a la ventana vacía.

Primer Ministro.—No he visto nada.

Segundo Ministro.—No he oído nada.

Tercer Ministro.—No he comprendido nada.

Cuarto Ministro.—¿Lo reconocieron?

Los otros tres al unísono.—¿Cómo podíamos?

Cuarto Ministro.—Entonces...

Los otros tres al unísono.—No hemos visto nada.

Voces.—"Muerte a los que nada oyen...". "Muerte a los que no ven...". (Escúchase detonaciones y gritos).

Cuarto Ministro.—¿Será posible?

Los otros 3 Ministros al unísono.—¡Dios nos guarde!

Cuarto Ministro.—Dios no se mezcla en estas cosas. (Entra el Presidente y su Secretario).

Escena IV

Personajes: Los mismos.
El Presidente.
El Secretario.

Todos miran al Presidente quien pasea la vista lentamente por los rostros. A lo lejos escuchanse nuevas detonaciones y una explosión. El Presidente va hasta la ventana. Mira desde una esquina sin exponer el cuerpo. Regresa. Enciende un cigarro que apaga en seguida.

El Presidente.—Bien. Hay esperanzas.

Primer Ministro (Muy ansioso).—¿Ha muerto?

El Presidente.—La pregunta está mal formulada. Debiera ser... ¿No hemos muerto? (Pausa).

Segundo Ministro (Turbado).—Queremos hacerle saber nuestra adhesión...

El Presidente (Rechazando la lisonja con un gesto de la mano).—No es momento para eso. Hay que trazar un plan. Es preciso que hagamos un recuento de nuestras fuerzas y por ende, de nuestras posibilidades de mantenernos.

Primer Ministro.—Todas las fuerzas permanecen fieles.

El Presidente.—Se equivoca. El cuerpo de ingenieros acaba de pasarse a los rebeldes.

Tercer Ministro.—¿Y las provincias?

El Presidente.—No podemos saberlo por el momento. Las comunicaciones han sido cortadas. He despachado aviones.

Primer Ministro.—Bien. Eso resolverá el problema.

El Presidente.—Si he de serle franco, su optimismo me irrita.

Primer Ministro.—Perdón. Hace falta alentar...

El Presidente (Interrumpiéndolo).—Lo que hace falta es serenidad, ver la cosa friamente. Eso es todo. Trataremos de mantenernos. Si no es posible lograrlo, siempre habrá oportunidad de huir.

El Primero, Segundo y Tercer Ministros al unísono.—¡Huir!

El Presidente.—A menos que prefieran morir. Por lo que a mí toca, no lo permitiré.

Primer Ministro.—¿Entonces, ve Ud. la posibilidad...?

El Presidente.—Es una lucha a muerte... No hay otra alternativa.

Segundo Ministro.—Oigamos su plan.

El Presidente.—He decidido poner al frente de los cuerpos represivos al Capitán Camacho.

Primer Ministro.—Pero es un asesino. Todos hablan de sus fechorías. Ud. mismo quería separarlo. Nos hará daño políticamente.

El Presidente.—¿Y quién diablos piensa en política ahora? Se acabó la política. Es cuestión de salvar el pellejo.

Segundo Ministro.—Bien, pero no veo como puede él salvarnos.

El Presidente.—Es muy sencillo. Tendrá vía libre. Uds. lo conocen. Establecerá un brutal sistema de represión y eso, desde luego, mantendrá alejados de la revuelta a los medrosos, y como sucede que el 99% de los ciudadanos son unos cobardes, eso nos asegura un magnífico porcentaje de personas al margen de la lucha. Creo que es la única solución. (Pausa). Desde luego estoy dispuesto a oír el parecer de todos Uds. He mandado llamar a los demás Ministros. (Dirigiéndose al Secretario). Por favor, vea por qué no han llegado. (El Secretario desaparece).

Escena V

Personajes: Los mismos menos el Secretario.

El Presidente.—Comprenderán cuán penoso me reculta todo esto, pero dadas las circunstancias... es preciso obrar rápidamente.

Tercer Ministro.—¿Y si no dá resultado?

El Presidente.—Dará resultado.

Tercer Ministro (Insistente).—¿Y si fracasa?

El Presidente.—Entonces, amigo mío, habrá que darse prisa con las maletas.

Segundo Ministro.—Sería desastroso.

El Presidente.—¿Tienes miedo? (El Segundo Ministro se encoge de hombros). Es natural. Después de todo... (Entra el Secretario).

Escena VI

Personajes: Los mismos y el Secretario.

El Presidente.—Bien, ¿dónde están?

El Secretario.—Siento informarle que la mayoría no pudo ser localizada.

El Presidente.—¿Y el resto?

El Secretario.—Se han excusado.

El Presidente.—¡Ratas! Me la pagarán. (Dirigiéndose a los presentes). ¿Ya ven...? Comprenden ahora por qué es preciso obrar rápido? Hasta mis ministros empiezan a esconder el cuerpo; pero no importa, pasaremos la decisión nosotros solos.

Primer Ministro.—Es demasiada responsabilidad.

El Presidente.—Cierto, mas no hacerlo sería demasiado riesgo. Les pediré su opinión uno por uno. (Dirigiéndose al primer Ministro. Veamos. ¿Acepta Ud. la Designación del Capitán Camacho con plenos poderes para reprimir la revuelta?

Primer Ministro (Encogiendo de hombros).—Acepto.

El Presidente (Dirigiéndose al Segundo Ministro).—¿Y Ud.?

Segundo Ministro.—Acepto.

El Presidente (Dirigiéndose al Tercer Ministro).—¿Y Ud.?

Tercer Ministro.—Acepto.

El Presidente (Mirando fijamente al cuarto Ministro que ha permanecido en silencio y como ajeno a la conversación).—¿Y Ud...?

Cuarto Ministro (Levanta la cabeza lentamente. Mira al Presidente un instante, luego a los otros, y otra vez al Presidente).—Es una infamia. (Se levanta y desaparece). (Larga pausa. Todos quedan mirando a la puerta).

El Presidente (Reponiéndose).—¿Tomó nota, Secretario? (Este asiente con la cabeza). Bien, pueden retirarse. (Todos salen incluso el Secretario). (El Presidente se desploma en una butaca. Por la ventana penetra el joven de la escena II quien se sitúa detrás del Presidente).

Escena VII

Personajes: El Presidente.
El Joven.

El Joven.—¿Has visto? No valen la pena. Son insectos. Defiendes insectos y por ellos sacrificas caudales. ¿Acaso no advertiste el terror en sus rostros?
El Presidente (Sin volver la cabeza).—¿Qué otra cosa podía hacer?

El Joven.—Entrega el poder.

El Presidente.—Eso no.

El Joven.—¿No te basta con lo que has hecho? ¿Sabes...? Hoy han muerto diez (señala) aquí, junto a tus puertas. En el campo, sabe Dios cuántos. Además eres rico. ¿Qué más quieres? Tienes todo lo que un hombre puede desear, excepto claro está...

El Presidente.—El amor de mi pueblo.

El Joven.—He ahí. Hay incompatibilidades, ¿comprendes? No se puede usar el brazo de otro y tener a la vez su corazón.

El Presidente.—Pensé que...

El Joven.—Si hubieras pensado realmente...

El Presidente (Vivamente).—Pero sí lo hice. Quise actuar de buena fe, más no me dejaron. Me negaron hasta los buenos deseos...

El Joven.—Consecuencias. No más que consecuencias. El hombre incendia su casa y se desploma sobre él.

El Presidente.—Me hacían ver un amor que no existía. ¿Por qué?

El Joven.—El que no tiene, precisa a veces demostrar lo que no siente.

El Presidente (Se cubre el rostro con las manos).—¿Por qué?

El Joven.—Ya es tarde para lamentos. Prepárate ahora. Estás perdiendo la lucha. (Entra la esposa del Presidente).

Escena VIII

Personajes: Los mismos, más la esposa.

La Esposa (Sin advertir la presencia del joven).—¿Hay noticias? (El Presidente hace un ademán negativo). Entonces. ¿Será preciso huir? (El Presidente verifica un gesto vago con las manos). ¡Ah! Sabía que esto terminaría mal. Cuánta culpa. (Se muerde los dedos, se pasea nerviosa por la habitación. Luego se detiene). Si por lo menos tuviéramos la seguridad de que nuestros hijos...

El Joven.—Vuestros hijos han muerto.

La Esposa (Advirtiendo la presencia del joven, muy asustada).—¿Quién es Ud.?

El Joven.—Lo que nace del lodo...

La Esposa.—¿Qué dice este hombre? ¡Dios mío! (Se aprietas sienes con desesperación).

El Joven.—La flor que crece en el estiércol se contamina pronto. Cierta es que luce más bella que las otras, más fuerte y vigorosa, pero su perfume siempre será menos intenso que el de su origen pútrido.

La Esposa (Gritando).—No, no puede ser, ¡mis hijos! (Sale huyendo).

Escena IX

Personajes: Los mismos menos la esposa.

El Presidente.—No debiste. Ella no es culpable.

El Joven.—Todos lo son. Todos lo somos. La culpa es una nube que derrama su ámbito por los cuatro horizontes.

(El Presidente se pasa la mano por los cabellos) ¿Oyes? (Se escucha un rumor de voces). El mar busca una roca donde morder su odio... ¿Tienes miedo?

El Presidente.—Sí.

El Joven.—Yo también. (Pausa). Muchas lunas se teñirán. Lo albo suspenderá su gesto de pureza. Seguirán días aciagos. La confusión destrozará los textos y la noche extenderá sus brazos más allá de la aurora. (Pausa). (Muy triste). Tengo el corazón tan chico que podría prescindir de él.

El Presidente.—Yo también. (El Joven camina lentamente hasta la ventana. El Presidente cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. El joven mira al exterior, luego al Presidente. Extrae un revólver y se lanza por la ventana. Entra la esposa).

Escena X

Personajes: El Presidente.
La Esposa.

La Esposa.—¿Se ha ido ya?

El Presidente (Sin abrir los ojos).—¿Quién?

La Esposa.—Eso horrible joven.

El Presidente.—No sé de qué hablas.

La Esposa.—Bien sabes...

El Presidente (Lentamente).—No he oído nada. No he visto nada.

La Esposa.—¿Pero...?

El Presidente.—No he comprendido nada.

La Esposa (Apretándose los puños).—¡Dios mío! (El Presidente permanece con los ojos cerrados. A lo lejos se reinicia el rumor de las voces y las detonaciones). ¡Ciegos! ¡Sordos! Dementes, todos ¡todos! (El rumor se hace más intenso) ¡Todos! Ampáranos Señor. (Cae de rodillas, el rumor se torna casi ensordecedor. Oyéndonos detonaciones por doquier). Escúchame, ¡mis hijos! (A toda voz sin apenas lograr hacerse oír). ¡Mis hijos! ¡Sálvalos! Sólo a ellos. Sólo a ellos. (Desgarrada). Nadie más lo merece. ¡Hijos míos! (Continúa gritando mas el estruendo exterior apaga su voz).

CAE EL TELON

ACTO II

Escena I
(El mismo salón)

Personajes: El Presidente.
El Secretario.

El Presidente (Alargando la mano).—Los periódicos.

El Secretario.—Sería mejor que...

El Presidente.—Entrégamelos.

El Secretario.—Pero es que...

El Presidente.—Ya sé, ya sé. Hablan mal de mí. Pero ¿cómo puede preocuparte eso? ¿Acaso has olvidado que todos reciben dinero de Palacio? Si me critican es sólo para guardar las apariencias ante los gobiernos extranjeros. ¿Sabes? Es conveniente alguna crítica. De lo contrario sería muy monótono. (El Secretario le entrega los periódicos que el Presidente hojea rápidamente. De pronto se detiene en una página). ¿Quién es el censor de este diario?

El Secretario (Mirando el diario).—El Dr. Lorenzo.

El Presidente.—Ordeno que se le despida inmediatamente. No hay margen para errores de esta naturaleza.

El Secretario.—¿Permitió alguna inconveniencia?

El Presidente (Entregándole el periódico).—Lee.

El Secretario (Leyendo).—El día de ayer lo pasó el Presidente en unión de sus íntimos disfrutando de las comodidades de su yate privado.

El Presidente.—¿Ves? Evidentemente el Dr. Lorenzo no sabe leer entre líneas. No comprende que lo inciuo tiene un poder terrible. Despídalo de inmediato.

El Secretario.—¿Quién lo sustituirá?

El Presidente (Mirándolo).—Tú mismo.

El Secretario (Sorprendido).—Pero... Ud. me necesita aquí.

El Presidente.—Ya no eres necesario. No son momentos para dictar cartas. Además no tengo a nadie en quien confiar tarea alguna.

El Secretario.—¿Ahora mismo?

El Presidente.—Espera, primero te dictaré una alocución para que la publiques en todos los diarios. Acaso sea la última.

El Secretario (Tomando su libreta y lápiz).—Estoy listo.

El Presidente.—Al Pueblo... Un grupo de exaltados ha iniciado un ataque a mi gobierno y por ende a las instituciones republicanas. Haciendo uso de las más reprobables prácticas han causado algunas bajas en el ejército, que desde luego no merman en modo alguno el vigor y la firmeza de ese cuerpo. Pido al pueblo serenidad y confianza en mi gobierno que sólo se preocupa por su bienestar...

El Secretario.—Si me permite. La frase es equívoca. No se sabe si "su bienestar" se refiere al pueblo o al Gobierno...

El Presidente.—He ahí. Es exactamente lo que intento. No me gusta mentir. ¿Comprendes?

El Secretario.—Sí señor.

El Presidente.—¿Cómo decía?

El Secretario.—Que sólo se preocupa por su bienestar.

El Presidente.—Y les encarezco su apoyo moral y su ausencia absoluta de las actividades revolucionarias, que por supuesto me veo obligado, dadas las circunstancias, a reprimir por todos los medios a mi alcance, en favor de la causa común. Los ciudadanos de esta República que tantas veces me han elegido libre y espontáneamente para el alto cargo que me honro en ocupar, sufrirán infortunadamente ciertas restricciones o limitaciones en sus derechos constitucionales que por el momento quedan en suspenso. Espero que todos comprendan y colaboren en esta situación anormal provocada por individuos sin conciencia ni responsabilidad.

El Secretario.—¿Eso es todo?

El Presidente.—Puedes irte. (El Presidente recuesta la cabeza y cierra los ojos. El Secretario, mirándolo de soslayo, se dirige a la ventana. Arranca la página donde ha tomado la alocución y la lanza al exterior. Hecho esto desaparece sonriendo por el hueco de la propia ventana. Entra un tipo misterioso, vestido de negro, que se acerca sigilosamente hasta la butaca donde el Presidente parece dormir).

Escena II

Personajes: El Presidente.
El Hombre.

El Hombre (Tocándolo en el hombro).—Conspiran.

El Presidente (Abriendo los ojos).—¿Quién?

El Hombre.—¿Quiénes? dirás. Son muchos.

El Presidente.—¿Quiénes?

El Hombre.—Cinco de tus Ministros.

El Presidente.—¿Sólo ellos?

El Hombre.—Dos Generales.

El Presidente.—¿Y...?

El Hombre.—23 oficiales menores.

El Presidente.—¿Cómo lo sabes?

El Hombre.—Muy sencillo. Yo también conspiro.

El Presidente.—¿Con ellos?

El Hombre.—Con otro grupo distinto. Precisamente yo soy el contacto entre ambos grupos.

El Presidente.—Entonces, ¿hay dos?

El Hombre.—No, veintenas de ellos. Todo el mundo conspira. ¿Comprendes? Gracias a eso puedes mantenerte. Ningún grupo quiere ceder ante los otros. Cada uno intenta dirigir la lucha.

El Presidente.—Siempre lo imaginé. (Mirándolo). Dime, ¿por qué me notificas?

El Hombre.—Muy simple. Porque soy conspirador de oficio. Antes conspiraba para los otros. Ahora conspiro contra los que conspiran. Me he establecido por mi cuenta.

El Presidente (Autoritario).—¿Cuál es tu precio?

El Hombre.—El caos. Amo el caos. Deseo que los destruyas. Me dan asco. Pretenden salvar al país, mas en el fondo, sólo anhelan sustituirte. ¡Ferros! Comprendí que son tan odiosos como tú.

El Presidente.—¿Y por qué no te unes a ese loco que pelea en las calles contra mí?

El Hombre.—Imposible. No podría. No me aceptaría. El es puro, ¿sabes? Yo soy un canalla. No estoy dispuesto a dar mi vida por un ideal. Si te detesto, es porque no me das oportunidad de seguir engañando al pueblo. El, en cambio, te detesta gratuitamente. No quiere nada de ti. Sencillemente, no te quiere, ni a tí ni a lo que representas. Ya ves, estoy contra mi gente y no me queda más que reunirme contigo, porque en el fondo somos la misma porquería. Además soy un cobarde. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

El Presidente.—Tu precio es extraño. No sé si aceptarlo. Dame tres horas.

El Hombre (Riendo).—¿Tres horas? (Redoblando las risas). ¿Has dicho tres horas? Una sola recorrerá el reloj antes que mueras.

El Presidente.—¿Cómo puedes estar tan seguro?

El Hombre.—No soy tonto. Juego con cartas marcadas. Antes de ofrecerte mis servicios he hecho instalar en este palacio la más mortífera bomba de tiempo que puedes imaginar.

El Presidente.—La amenaza es pobre. Puedo huir del Palacio ahora mismo.

El Hombre.—Te equivocas. Las calles son aún más peligrosas. Tú lo sabes. El ejército es cada vez más ineficaz para defenderlas.

El Presidente.—Además no te creo. ¿Cómo aceptar la posibilidad de que la instalaras sin que te vieran?

El Hombre.—Pues claro que me vieron. No sólo me vieron, me ayudaron. El Palacio estaba lleno de traidores.

El Presidente.—¿Estaba?

El Hombre.—Desde luego. Ya no están, han huido. Nadie desea explotar con el edificio.

El Presidente (Vacilando).—Y... ¿si no te creo?

El Hombre (Haciendo un gesto amplio).—¡Bum! Volarás en pedazos. Será interesante. Yo estaré en el parque, mirando como saltan tus carnes. ¡Ah, qué espectáculo!

El Presidente (Como recordando. Se lleva las manos a la boca).—¡Mis hijos!

El Hombre.—De modo que eres sentimental. Créeme. Te había imaginado padeciendo de un sinnúmero de errores, pero jamás pensé que unieras a ellos el sentimentalismo. ¿Desde cuándo te importan los hijos? (Pausa). ¿Sabes cuántos niños han muerto desde que se inició tu régimen, a causa precisamente de tu régimen? ¿Sabes cuántos han quedado sin padre? Claro que lo sabes. Tu Ministro de Información se ocupa de todo. Es un genio. Sin embargo...

El Presidente.—Cállate. Déjame pensar. (Se levanta, camina muy agitado por la sala. El hombre lo mira sonrien-

do. Deteniéndose de pronto). —¿Y si te doy un Ministerio...?

El Hombre.—Ridículo. Me ofreces la muerte. Si tus Ministros conspiran contra tí es, entre otras cosas, porque la temen.

El Presidente.—¿Dinero...?

El Hombre.—No podría usarlo. Sólo deseo el caos. Ya te lo dije. Mátales a todos. Tu gente se dará gusto. En definitiva serán las únicas ejecuciones sensatas que habrán efectuado los asesinos que tienes a sueldo.

El Presidente.—Dame sus nombres.

El Hombre.—Primero quiero asegurarme que los matarás.

El Presidente.—Bien. Te doy mi palabra.

El Hombre.—¿Tu palabra? No basta. Tendrás que escribir la orden y dirigirla al Capitán Camacho de tu puño y letra. (Le entrega una pluma y un papel). (El Presidente se sienta). Escribe: (Dictándole). Por haber comprobado que están envueltos en una conspiración en contra mía, le ordeno por este medio que ejecute inmediatamente a las siguientes personas por el orden que con signo a continuación: 1) Román Travieso.

El Presidente (Vacila).—Pero es mi amigo.

El Hombre (Autoritario).—Sigue. 2) Carlos Espinosa.

El Presidente (Tristemente).—Siempre me fue fiel.

El Hombre.—No lo es ya. 3) Guillermo Vázquez.

El Presidente (Suplicante).—Cómo podría. Nos conocemos desde niños.

El Hombre.—Mejor. 4) Antonio Viamontes.

El Presidente.—Es honrado.

El Hombre.—Si lo fuera estaría peleando con el loco. 5) General Francisco Guardiola.

El Presidente.—No lo creo.

El Hombre.—No perdamos tiempo. 6) General... (Vacila). Ernesto María...

El Presidente (Interrompiéndole al tiempo que golpea la libreta).—No puede ser. Es demasiado. Pides imposibles. Bien sabes que es mi hermano.

El Hombre.—Por eso mismo. Es tu hermano y conspira. Es un perro.

El Presidente (Levantándose rápidamente).—Canalla. No te permitiré... (De un empujón lo lanza al suelo. Extrae un revólver y dispara repetidas veces sobre él. El hombre se estremece y muere). (Pausa). (El Presidente mira el cadáver, luego, como recordando). La bomba. ¡Oh Dios! Nunca supe donde la colocó. Volaremos todos. (Desesperado). Mis hijos. Inocentes. (Entra el joven por la ventada. El Presidente de espaldas no advierte su presencia).

Escena III

Personajes: El Presidente.
El Joven.

El Joven (Recostándose a un mueble y cruzando los brazos).—¿Qué te pasa? (El Presidente queda paralizado en el centro del escenario. De espaldas al joven esgrime aún el revólver humeante. Es evidente que está aterrado. (Al advertir el cadáver sonríe maliciosamente). Y este... ¿quién es? (El Presidente no contesta). Después de todo uno más... ¿qué importa? Tu capitán Camacho está matando a su gusto.

El Presidente.—Me pregunto por qué no te ha matado ya...

El Joven.—He ahí tu error. No puede. Jamás podrá.

El Presidente.—Tendré que hacerlo yo entonces.

El Joven.—Tú tampoco. No te atreverías. Además. Soy inmortal. Bien lo sabes.

El Presidente (Siempre de espaldas).—Todos contra mí. Es injusto.

El Joven.—Sí, es injusto. Pero, desde luego, a tí no te preocupa lo injusto. Al menos no te preocupaba antes. No veo por qué has de cambiar ahora.

El Presidente.—Mi hermano. He sido un padre para él y ahora conspira. Me odia.

El Joven.—Es lógico.

El Presidente.—Nunca le pedí nada. Sólo le dí...

El Joven.—Demasiado. Le diste el deseo de ocupar tu puesto. Es peor que tú.

El Presidente (Distraído).—Peor que yo...

El Joven.—De todos modos morirá. (Entra la esposa sin ser advertida por los otros).

Escena IV

Personajes: Los mismos más la esposa.

El Presidente.—Moriremos todos. Lo siento por mis hijos.

La Esposa.—¿Qué has dicho? (Corre hacia el Presidente, tropieza con el cadáver, cae, se levanta con un gesto de terror). ¿Quién es? Oh Dios. Todo es absurdo.

El Presidente (Sin moverse).—El palacio está dinamitado. (Señalando al cadáver). El lo hizo. Es curioso. Yo necesité un revólver para matarlo y él sólo necesitó su muerte para matarnos a todos. Estamos perdidos. Olvidé preguntarle dónde instaló la bomba. Nos quedan minutos.

La Esposa (Desesperada).—No, no, hay que buscarla, hay que huir.

El Presidente.—Será peor en la calle. El populacho satisfará su odio en Uds.

El Joven.—Te equivocas. No desean inocentes, ni mártires. Sólo a tí. Ningún pueblo odia a los niños.

El Presidente.—No sé, no estoy seguro.

El Joven.—Te ofrezco un pacto. La salvación de tus hijos

por tu vida. Saldrán por el fondo, serán respetados y cuando estén a salvo te entregarás.

La Esposa (Señalando al Presidente).—Pero él morirá.

El Joven.—Quien lo tuvo todo, no puede aspirar a seguir teniendo por siempre. Escója. Le queda poco tiempo. Su marido y la muerte de todos en minutos, o la vida de sus hijos... y hasta la de Ud... ¿por qué no? Le ofrezco, señora, más de lo que merece. (La esposa mira suplicante al Presidente, luego se cubre el rostro con las manos y rompe a llorar). (Una larga pausa. El Presidente parece vacilante).

El Presidente (Reponiéndose).—Es un buen trato. ¿Qué dices? (La esposa hace gestos negativos). (Dirigiéndose al Joven). Te quedarás conmigo como rehén. Si mi esposa no me telefona en diez minutos para decirme que está a salvo, morirás.

El Joven.—Yo te dije que soy inmortal.

El Presidente.—Para mí no lo eres.

El Joven.—Bien, si eso te satisface, acepto.

El Presidente (Dirigiéndose a la esposa).—Prepara a los niños. Despideme de ellos. No podría verlos. Irás a la Embajada de ese país que conoces. Pedirás asilo. Todo está arreglado de antemano. Siempre presentí que algo como esto iba a suceder. Cuando estés en el exilio... (La mujer llora desconsolada). Cálmate. Quiero que escuches mis instrucciones y que las sigas al pie de la letra. Cuando estés en el exilio irás al Banco que tu sabes. Dejarás en nuestra cuenta solamente los fondos que consideres indispensables para mantenerte y mantener y educar a nuestros hijos. El resto lo remitirás a un Banco de esta Capital con instrucciones de abrir una cuenta que se dedicará a costear la educación de 10,000 niños pobres.

El Joven.—¿Dijiste 10,000?

El Presidente.—Eso dije.

El Joven.—Veamos, calculando unos diez mil pesos por ni-

ño, puesto que una educación decente e integral no podría valer menos, y multiplicándolo por 10,000 niños resultan cien millones de pesos. ¿Tanto robaste?

El Presidente.—Más aún. El resto lo dilapidé. (Pausa). De bien poco ha servido. Por eso es mi voluntad que mis hijos no cuenten con ese dinero. No podrían disfrutarlo sin contaminarse. (A la esposa). Apresúrate. No hay tiempo que perder.

La Esposa.—Te quedarás sólo. ¡No...!, permaneceré a tu lado.

El Presidente.—De ningún modo. Te debes a tus hijos. Yo me debo a mis culpas. (Se abrazan. El presidente lucha contra la emoción. Se oscurece la escena. Cuando se enciende de nuevo la esposa ha desaparecido y también el cadáver).

Escena V

Personajes: Los mismos menos la esposa.

El Joven.—Puedes volverte. Por primera vez tienes derecho a mirarme. (El Presidente se vuelve lentamente. Aún esgrime el revólver. Se miran en silencio). ¿Qué impresión te produzco? Ya habías olvidado mi rostro.

El Presidente.—Eres pálido. Hay mucha tristeza reflejada en tus ojos.

El Joven.—Gravitan en ellos las lágrimas de todos los que sufren.

El Presidente.—Comprendo. La insinuación es clara.

El Joven.—Al menos, has sido valiente. Infortunadamente, ni tu hermoso gesto anterior ni tu coraje, te salvarán ahora. Es demasiado tarde.

El Presidente (Mirando el reloj).—¿Qué extraño todo. La vuelta blanca encierra un gesto negro. Unas más, unas pocas más y la medida se hará eterna.

El Joven.—No hay rencor. Créeme, quisiera ayudarte. Pero ha llegado el instante inevitable. Entrarás en el camino de los muertos y el ejemplo.

El Presidente.—En algún lugar de este Palacio, un leve murmullo rítmico desata lentamente los hilos de mi vida. Cuando quede uno sólo, un último nudo...

El Joven.—El dolor te lava. Advierto en tus ojos la pureza que jamás ví en ellos.

El Presidente.—Cuando pequeño, solía sentarme frente al Metrónomo colocado en el centro del gran piano. Me gustaba ponerlo en movimiento, y escuchar su tic-tac. Era una suerte de hipnosis o de encanto. Ahora el mismo tic-tac llama a la muerte como un encantador a sus serpientes. La veo venir. Alza su cara hueca y empapa de silencio los rincones. (Pausa). Gritos. Ella prescinde de los gritos. Sólo aquí (señala para el corazón) sólo aquí hay gritos. Un singular tumulto. La sangre ya no canta su delirio inefable de regresos. Vida. ¡Qué palabra tan corta!

El Joven.—Cuatro letras.

El Presidente.—"V" de veneno.

El Joven.—"i" de inexplicable.

El Presidente.—"d" de Dios.

El Joven.—"a" de absurdo. (Larga pausa. El Presidente camina por la sala. Se apoya luego en el borde del hogar y queda estático bajo la observación del joven).

El Presidente.—Siempre oí los relojes. Acaso presentía.

El Joven.—No culpes a los mecanismos. Además, la explosión que esperas no se producirá.

El Presidente (Se vuelve asombrado, señalando el sitio donde se hallaba el cadáver).—Pero él instaló... (Advirtiendo la ausencia del cuerpo). Estaba aquí, yo mismo lo maté y con él su secreto.

El Joven.—No existió nunca. Tu imaginación te ha jugado una mala pasada.

El Presidente (Desvariado).—Pero...

El Joven.—Ni el hombre, ni la máquina infernal. Has matado un espectro que tu mismo creaste. Estás perdido. A fuerza de saberte odiado viste conspiradores por doquier. La bomba la instalaste tu mismo en tu propio corazón.

El Presidente.—Pero mi esposa vió el cadáver, aún más, tropezó con él y cayó. ¿Recuerdas...?

El Joven.—Cierto. Eso prueba que tenía igualmente el espectro del odio en sus ojos. También ella estaba envenenada por él...

El Presidente (Terminando la frase).—miedo... Entonces... todo ha sido el producto de...

El Joven (Terminando la frase).—tu miedo. Te sabías solo, abandonado por todos. El desamparo te hizo forjar una sombría estampa de tu muerte. Alégrate. Ahora estás preparado.

El Presidente (Se oye el timbre del teléfono. El presidente se apresura a contestar).—¿Sí...? Ah, eres tu. (Ansioso). ¿A salvo? (Suspira). Menos mal... (Con los ojos cerrados oye a la esposa). Gracias. (Dejando caer el auricular que quedará colgado y balanceándose). Gracias, oh Dios. (Se dirige hasta una butaca y se desploma en ella). (Pausa). (El Joven lo observa con tristeza).

El Joven.—Bien. Yo cumplí mi parte. Es tu turno. (Señalando el teléfono). Ese ha sido el último contacto con tu pasado. En lo adelante quedarás completamente solo. (Mirando el revólver que el Presidente esgrime aún). Dámelo. (El Presidente trata de esconderlo). No, no te lo dejaré, ¿comprendes? Sería muy fácil. Tu muerte será difícil. (El Presidente pone el revólver en la mano extendida del Joven. Este se retira lentamente. Ya en la ventana mira al Presidente por última vez y desaparece por ella). (El Presidente queda sólo. Se mira las manos. Luego en derredor. Finalmente recuesta la cabeza y cierra los ojos. La escena se oscurece. Únicamente la figura del Presidente es alumbrada por una rara luz que lo baña en la oscuridad, dándole el aspecto de una aparición).

Escena VI

Personajes: El Presidente solo.

De algún lugar del escenario salen risas de niños. Luego, silencio. Ahora llantos de niños y luego sus voces.

Primera Voz (de niña).—Devuélveme mi gato. Es mío.

Segunda Voz (de niño).—Lo quiero para mí. ¿Por qué he de devolvértelo?

Primera Voz.—Porque es mío. Papi me lo regaló ayer.

Segunda Voz.—Yo no tengo padre. Nadie me regala un gato. Tengo que robarlo.

Primera voz.—Dios te castigará. ¿No le temes?

Segunda Voz.—No...

Primera Voz.—¡Jesús! Eres malo. Mami siempre lo dice.

Segunda Voz.—Tu mami es una...

Primera voz.—Chiss. No digas cosas feas. Pero, devuélveme lo, tengo que irme. Es hora de comer.

Segunda Voz.—No...

Primera Voz (Llorando).—Se lo diré al soldado que lleva un cañón al cinto.

Segunda Voz.—Soldado, eso, eso quiero ser. Soldado. Seré poderoso. Tendré un revólver y un uniforme color de maíz. Ah, tengo que lograrlo. (Pausa). (Dejan de oírse las voces infantiles. En su lugar escuchanse voces de adultos).

Primera Voz (Gritando).—Sargento.

Segunda Voz.—Mande mi Teniente.

Primera Voz.—¿Cree Ud. en la bandera?

Segunda Voz.—Por supuesto, mi teniente.

Primera Voz.—¿Qué es, sargento?

Segunda Voz.—Un trapo, mi toniente. (Escúchanse risas por todas partes).

Tercera Voz (Gritando).—Sargento.

Segunda Voz.—Mande mi Capitán.

Tercera Voz.—¿Qué hizo Ud. con el libro que le entregué ayer?

Segunda Voz.—Barquitos de papel con sus páginas, mi Capitán.

Tercera Voz.—Sabe Ud. Sargento, ¿qué libro ha destruido?

Segunda Voz.—Sí, mi Capitán. (Nuevas risas). (Pausa)
¿Te quieres casar conmigo?

Voz de Mujer.—Si fueras Teniente...

Segunda Voz.—Lo seré.

Voz de Mujer.—O Capitán...

Segunda Voz.—Es seguro.

Voz de Mujer.—General mejor.

Segunda Voz.—Cuenta con ello.

Voz de Mujer.—¿Y por qué no Presidente?

Segunda Voz.—Te lo prometo.

Voz de Mujer.—¿Sabes? No me casaría con un Sargento. Mi padre dice que transmiten enfermedades venéreas.

Segunda Voz.—Comprendo. Un Presidente es siempre mejor que un Sargento.

Voz de Mujer.—Te amo.

Segunda Voz.—Yo también. (Pausa).

Una voz solemne.—¿Jura Ud. cumplir la Constitución y las leyes?

Segunda Voz.—No. (Se oyen aplausos). (Pausa).

Una voz débil.—Sr. Presidente, ¿qué hacemos?

Segunda Voz.—Corromper, corromper.

Una voz débil.—Es fácil.

Segunda Voz.—Toma. Te entrego mi libreta de cheques.

Una voz débil.—Todo queda arreglado. (Pausa).

Una voz de mujer.—Tus hijos. ¿Qué te parecen?

Segunda Voz.—Han crecido. Son buenos mozos.

Una voz de mujer.—Como tú. Fuertes y sanos. Dios es justo. (Pausa).

Segunda Voz.—Gracias por su bendición. Ha sido Ud. muy amable.

Una voz muy vieja.—Gracias te dá la Iglesia, hijo mío, por todas tus dádivas. El cielo te recompensará. (Pausa).

Una voz de anciana (Desgarrada).—¡Mi hijo! Sr. Presidente. ¡Mi hijo! Sálvelo, se lo pido. De rodillas. Seré su criada. Mátome si quiere, pero sálvelo a él. Es mi hijo. ¿Comprende Ud.? Claro, lo comprendo, Ud. es padre.

Segunda Voz.—Lo siento Sra. Nada puedo hacer. Su hijo está en manos de los Tribunales. Ellos decidirán.

Otra Voz.—El Presidente del Quinto Tribunal ha venido a darle las gracias por su...

Segunda Voz.—Schiss. (Pausa).

Una voz lenta.—Te hundes, te hundes.

Segunda Voz.—Ah, cómo te odio.

Una voz lenta.—¡Ay! cómo te odias. (Pausa).

Una voz muy alterada.—Te mataré, te mataré.

Segunda Voz.—Arrésteno. (Confusión de voces, se oyen detonaciones).

Una voz jubilosa.—Ha muerto, ha pagado su atrevimiento. (Se escuchan más detonaciones, el escenario se enciende y el Presidente sale de su sueño. Se pasa las manos por la frente. Se levanta. Parece confuso. Cesan las detonaciones. En su lugar déjanse oír en profusión voces y gritos. El Presidente se acerca a la ventana y mira al exterior. Luego se vuelve).

El Presidente.—Ya vienen. Han demorado. Si al menos pudiera esconder mi terror en un bolsillo. Pero es inútil. Saldrá a mis ojos. (El murmullo de voces se intensifica). (El Presidente se estremece). Esa ventana abierta. Penetra un viento helado. (Se acerca a la ventana, hace ademán de cerrarla, pero retrocede al mirar al exterior. Cierra las solapas del saco y queda parado en medio del escenario). (Con voz débil). Ay, que frío. (Se mira las manos que aprisionan el saco). Tengo las manos blandas como la nieve. Blancas también. Tiemblo de frío. (Temblando). Es un aire helado. (Suspira). (Lentamente). Ahora veo, ahora oigo, ahora comprendo. Es tarde ya. Todo es demasiado claro, demasiado frío. (Se estremece). (A medida que el murmullo de voces y de gritos se ha ido acrecentando, ha ido disminuyendo a su vez la luz en el escenario. Paulatinamente el vocerío se torna más y más intenso hasta hacerse ensordecedor. Adivínase una turba inmensa frente a la puerta de entrada, pero la luz, que también paulatinamente ha ido perdiendo en intensidad, desaparece por completo).

CAE EL TELON

Marzo 6 de 1957



Leopoldo M.

Hernández

SIEMPRE
TUVIMOS
MIEDO

Editorial Persona

Precio de venta \$8.00

Hagas sus pedidos a EDITORIAL PERSONA
P.O. Box 25653
Honolulu, HI 96825